

á la vez de conocer las cuatro piezas que constituían el departamento de aquel amo á un tiempo aborrecido y adorado.

Al llegar al umbral aplicó el oído... No se percibía ruido alguno sospechoso: todas las puertas estaban abiertas. Por una de ellas vió un extremo del cortinaje rojo obscuro, un espejo, y en la luna de aquel espejo el ligero vapor que subía probablemente de un baño que no se alcanzaba á ver. Todo aquello era rico, tentador, y olía bien. A Mónica le flaqueó el corazón.

Fermín había dejado indudablemente todo aquello en desorden con el deseo de irse pronto. El señor había comido fuera de casa y no volvería sino muy tarde, como de costumbre. ¿Puesto que á ella le sobraba el tiempo, por qué no había de arreglar un poco lo que pertenecía á su amo? De seguro que nadie tendría que decir nada por ello.

Entró con timidez en la antecámara cubierta de tapices: el gas la alumbraba débilmente, pero más lejos se veían brillar con toda su fuerza otros mecheros: dió algunos pasos, vaciló, no sabiendo si ir primero hacia la derecha ó hacia la izquierda, y luego se detuvo sobrecogida de espanto.

Había sentido por detrás de ella el movimiento producido por el aire que hace al pasar con rapidez una persona. La puerta que daba al descanso de la escalera se cerró con ligerísimo ruido. Se volvió sorprendida, espantada...

—¡Curiosilla!—le dijo Dunois,—hete aquí cogida en un lazo.

Ella fijó en él una mirada llena á la vez de terror y de cólera. El dejó de reír y se acercó á ella tiernamente, con una dulzura contra la cual la joven se sentía sin resistencia.

Al movimiento que ella hizo para huir, no opuso él violencia alguna: alargó la mano y asió á la joven por la muñeca, deslizando sus dedos á lo largo del brazo mal guardado por su ancha manga.

—Nada te fuerza á permanecer aquí, Moniquita—le dijo,—no quiero que imagines que yo te obligo á ello; pero ya que has venido no te irás, di ¿no es cierto?

Mónica hizo un ademán irresoluto, mitad orden, mitad ruego, indicando la puerta.

—La puerta está cerrada con llave—dijo Dunois,—puedes salir cuando quieras. Dame un beso únicamente antes de marcharte.

Ella bajó la cabeza tratando de desviar sus labios, y se acercó á la puerta. El, como para acompañarla y dirigirla, pasó un brazo alrededor de su talle, sin estrecharla apenas contra sí.

—Y bien, dame ahora un beso—le dijo en el momento de llegar á la puerta.

El le levantó bruscamente la cabeza y colocó sus labios en los de la joven.

Esta se detuvo vacilante: él se la llevó luego muy despacio lejos de la antecámara, diciéndole:

—No quiero forzarte á nada, Mónica: eres libre de hacer lo que quieras.

Y, en efecto, Mónica no pudo imaginar nunca, ni por un instante, que él la hubiera forzado.

XIII

—¡Qué cara de sueño tienes!—dijo Hortensia al mirar, sorprendida, el rostro de la joven, cuando esta regaba á la mañana siguiente las plantas de las macetas.

Mónica se pasó lentamente la mano por los ojos. En efecto, desde la víspera le parecía estar soñando: no se acordaba de nada, no sabía nada, hacía maquinalmente las cosas de costumbre, y, de vez en cuando, sentía en sus nervios desequilibrados una sacudida do-

lorosa, una especie de propósito de regresión á la vida real. Pero ella no quería volver á la vida; era mejor soñar, y ella quería seguir soñando.

Efectivamente; su cuerpo lánguido parecía dormir; sus movimientos adormecidos, eran inseguros; sus ojos se cerraban de vez en cuando, heridos por la presencia de los objetos exteriores; pero se engañaba el que creyera que estaba dormida: era que soñaba despierta.

En el alma de Mónica no germinaba ningún remordimiento, no se dejaba sentir ningún pesar.

Todo remordimiento implica una reflexión sobre lo pasado, y ella no pensaba en nada absolutamente, y en su vida anterior mucho menos que en todo lo demás. Cuando una de aquellas sacudidas, que trataba de evitar, llevaba su pensamiento á los días precedentes, desechaba la visión importuna con un movimiento suave, como se aparta una ligera humareda que pasa por delante de nuestros ojos.

El pasado no existía ya; había zozobrado la víspera como un buque estrellado que de repente se sumerge en un remolino. Nada flotaba en la superficie del agua tranquila, ni espuma siquiera, ni un vestigio de vida: el pasado no existía ya, había muerto. Una existencia nueva había comenzado la víspera... Ni aun estaba segura Mónica de que aquella víspera hubiera existido. Empezaba á vivir desde el momento en que un extraño despertar había sucedido á un sueño confuso y desordenado.

Volvía á ver la estrecha ventana de su cuartito por la que se filtraba la clara luz de una mañana de invierno, y, creyendo que debía ser ya tarde, se levantó apresuradamente con la impresión de que debía estar pronto lista...

No podía hacer de prisa lo que antes hacía con tanta prontitud, y aquella dejadez había evocado de pronto el recuerdo de la languidez de los días anteriores, de la debilidad mortal que se había apoderado de ella la víspera... Habiéndose vestido despacio, bajó,

siempre en el mismo estado de éxtasis soñoliento: las palabras que oía chocaban en sus oídos como cuerpos duros que hubieran chocado en su rostro; los muebles que rozaba, le parecían enormes y pesados, casi agresivos en sus formas quietas. Hubiera querido vivir envuelta en una especie de tela ligera y dorada donde nada la hubiera distraído de su sueño inconsciente.

La voz de Hortensia provocaba en Mónica el brusco despertar del alma adormecida: miraba á su señora, esforzaba una sonrisa, y seguía en su labor delicada.

—Me temo que estés enferma—exclamó la señora Dunois.—Se diría que tienes calentura. Ven acá.

Mónica se acercó: Hortensia le tomó el pulso con sus dedos finos, pulso que latía con rapidez: la joven retorció ligeramente el brazo para evitar aquel contacto que le causaba una especie de horror: los dedos de Hortensia soltaron el pulso.

—Alguna fatiga, un enfriamiento quizá. Después de comer, cuando venga Huberto, vete á dormir.

Mónica le dió las gracias con voz que parecía un murmullo. Hubiera preferido seguir con su trabajo, que no le daba tiempo para reflexionar; ¿pero cómo negarse á aquella muestra de bondad?

Cuando Huberto ocupó su sitio al pie de la silla larga, la joven subió la escalera, se echó sobre su cama y, con la mirada fija en el techo, siguió soñando.

El porvenir no existía para ella más que el pasado. Mónica no tenía la menor idea de lo que le llevaría el día siguiente, y aquello le era perfectamente igual.

Nada le importaban el dolor ni la alegría: no contaba más que con el presente, con el minuto en que vivía; fuera de aquello, nada. Tendida en su lecho, no pensando en nada, no acordándose de nada, no deseando cosa alguna, permaneció dos horas en aquel letargo, cortado por ligeros estremecimientos, penosos unos, vagamente voluptuosos otros.

En alguna parte dió un reloj las cuatro. Era preciso bajar. Mónica se levantó, alisó sus cabellos y bajó

la escalera, siempre con la automática regularidad de una máquina que funciona porque está montada convenientemente.

Aquel día no había visto á su amo: éste, sorprendido y casi asustado del carácter que había entrevisto en aquella niña rara, había evitado instintivamente volverla á encontrar en presencia de su mujer y hasta de los servidores de la casa. Sin creerla capaz de dar un escándalo, temía en ella una flaqueza de voluntad, un arrebató de ternura, una ola de lágrimas tal vez: él no sabía lo que pudiera ser, pero temía algo que tuviera consecuencias enojosas para su tranquilidad.

Casi estaba arrepentido de lo que había hecho, no porque el haber perdido á la joven le causara pesar alguno, sino porque presentía cuán diferente era ésta de las demás. Comprendía ahora que la cosa no iría sobre ruedas cuando tratase de romper con ella. El encanto salvaje é indomable que le había cautivado y el placer que sentía en su amor propio por haber sometido á aquella rebelde, se habían convertido ahora en peligros; pero, á pesar de eso, encontraba en aquella extraña niña impresiones tan nuevas; era tan distinta de lo que había visto hasta entonces, que, contenido y atraído á la vez, tenía, de una parte casi miedo, y de la otra, grandes deseos de volverla á ver, como la víspera, completamente suya, enagenada en el presente hasta el punto, no de despreciar, sino de ignorar todo lo demás.

Llegó la noche. Más tarde que la víspera pero con la misma seguridad, Mónica franqueó el umbral del departamento de su amo: esta vez la esperaba él junto á la puerta y le dió la mano para que pasara adelante.

Ella entró sin perder el estado de semi sonambulismo en que se encontraba hacia veinticuatro horas.

A Dunois le llamaron la atención su palidez, su silencio y la mirada singular y como concentrada en ella misma, que daba á los rasgos de la aldeanita una expresión mística, vamos al decir.

—¿No ha notado nada la señora?—le preguntó él, inquieto al pensar que á otros podía haberles llamado la atención aquella fisonomía anormal.

—La señora me ha preguntado si estaba enferma y me ha hecho ir á descansar—dijo Mónica pasándose la mano por la ardorosa frente, con ademán doloroso.

—¿Tú no habrás dicho nada?—le preguntó Dunois con inquietud.

Ella lo miró con expresión de súplica.

—No me hable usted de eso — le dijo, — me hace daño.

Era, en verdad, muy extraña aquella joven, unas veces feroz y otras sumisa y cariñosa como un perro fiel. Dunois no pudo obtener de ella respuesta alguna por más preguntas que le hizo: ella se limitó á mirarle con ojos, á veces sombríos, á veces preñados de ternuras; pero hubiera muerto antes que pronunciar una sílaba por la que su amo hubiera podido comprender el estado de su alma. Su pudor, vencido por la voluntad del que amaba, se había refugiado en sus labios y les había impreso su sello inviolable.

Bien contra su voluntad, y si él se hubiera percatado de ello se hubiera indignado mucho, Dunois sentía hacia ella algo que se asemejaba al amor. El no hubiera permitido nunca que se hablara de ello ligeramente en presencia suya, y al temor mal definido que le inspiraban, por su propia tranquilidad, las consecuencias de una revelación, se mezclaba, en lo que hacía referencia á Mónica, el temor real de los disgustos que ésta tendría que sufrir, si ambos eran descubiertos.

Sin ser gran psicólogo, Dunois recordaba ciertas historias de jóvenes seducidas que se habían arrojado al Sena, y cuando recordaba esto, se le ponía, según expresión vulgar, carne de gallina. De vez en cuando, bien en la Bolsa, bien en su despacho, pensaba en alguno de aquellos distintos y lúgubres hechos que los periódicos no dejau de referir nunca, y se decía:

—Si yo hubiera pensado que es como es,... pero hay

que convenir también en que es deliciosa, ¡deliciosa!

El año nuevo produjo el movimiento que le caracteriza en todas partes: los criados, sobrecargados de trabajo durante el día holgaban fuera casi todas las noches. El señor Dunois volvía á casa temprano después de haber comido en alguna casa ó en su círculo, y encontraba á Mónica que lo esperaba pacientemente, sentada en los peldaños de la escalera, junto á la puerta en la cual se apoyaba, como si el roce de la madera que pertenecía á su amo, hubiera sido por sí solo una caricia.

En tales ocasiones, Dunois entraba por el jardín que daba sobre un callejón, del mismo modo que los jardines de las casas antiguas. Frente á la puerta de cristales que separaba la escalera del cuarto del conserje, había otra puerta igual, que daba al parterre. Aquella puerta estaba siempre cerrada, excepto en los meses de verano y por ella era por donde Hortensia iba al jardín en la estación de los calores; pero en cuanto pasaba Septiembre, aquella puerta no la utilizaba nadie más que el amo cuando quería entrar sin que lo viera nadie. Hasta el conserje ignoraba que pasase por allí, porque el banquero, cuando ostensiblemente volvía tarde á su casa, se servía de una llave de la puerta principal, que siempre llevaba consigo, y no tenía que turbar el sueño del honrado guardián, que dormía profundamente desde las once de la noche.

Se creía que el señor Dunois estaba fuera y que Mónica estaba en su cuarto ¿quién hubiera sospechado que el departamento de aquél, tan próximo al de la señora los cobijara á ambos?

Algunos días transcurrieron así. Mónica había sacudido algo el entorpecimiento de sus sentidos: el velo que había pesado sobre sus ojos en los primeros instantes, iba levantándose como á impulso de bocanadas de aire, de ráfagas de próxima tempestad. Aun no razonaba, pero comprendía que se había hecho culpable de alta traición. Aquella idea, rechazada cien veces, volvía

á la carga con una persistencia cruel del mismo modo que se clava una avispa en el rostro á pesar de los gestos que se hacen para ahuyentarla.

Mónica había acabado por tener miedo de tal idea, ó de *la idea*, según decía ella, como si fuera la única que pudiera preocuparla. La voz de Hortensia le causaba sustos repentinos, sobresaltos llenos de terror: la mirada de su ama, fija en ella, le parecía una interrogación formidable, á la que comprendía que no podía sustraerse.

—Si ella me lo pregunta—pensaba Mónica,—no le podré mentir nunca.

Y el pensar que podría hacerle aquella pregunta, le producía sudores fríos en su cuerpo, cada vez más delgado.

La señora Dunois había observado, tanto las salidas frecuentes como el aspecto enfermizo y estático de la joven, y un día, en el momento en que Mónica salía de la estancia con los brazos caídos y la cabeza baja, como un sentenciado conducido al suplicio, le dijo Hortensia á su esposo:

—Esa niña va desmejorando: creo que será necesario enviarla á su tierra y que se case.

—¿Qué ocurrencia!—exclamó Dunois algo nerviosamente.

Por el pronto no deseaba en modo alguno que Mónica se fuera: más adelante sería otra cosa: aun no estaba cansado de aquel capricho, y comprendía que tardaría mucho en cansarse de él.

—Tú no la ves como yo—añadió Hortensia.—Yo la vengo observando desde hace quince días: esa muchacha se muere.

—¿De la nostalgia de su país?—preguntó él, tratando de echarlo á broma.

—O de mal de amor—repuso Hortensia con seriedad. Han hecho mal en separarla de su novio: los padres se creen sabios, y á veces...

Por un sentimiento extraño é inexplicable, Dunois

sintió un acceso de celos. ¿Sería aquello verdad? ¿Lo habría querido á él Mónica á falta de su novio, por hallarse separada de él?

—¿Qué me importa á mí eso?—se dijo con desdén,—¿acaso le pido yo otra cosa que lo que ella me da?

Pero comprendía que, al decir esto, se mentía á sí mismo. Lo que le había impulsado hacia Mónica, había sido un deseo vulgar: lo que ahora le inspiraba, era algo más profundo y mejor.

—Creo que te engañas—dijo tras un corto silencio. Esa pequeña está enferma, sencillamente, por falta de aire. A todas las muchachas que se las hace venir del campo, les pasa lo mismo el primer invierno.

Hortensia tardó en contestar.

—Pues yo creo—dijo,—que sufre un dolor moral, y como ella tiene confianza en mí, yo le preguntaré.

—¡No faltaba más que eso!—pensó Dunois con la impresión del hombre á quien le cae una chimenea sobre el sombrero.—Y Mónica es capaz de dejarse cojer en el lazo.

Enojado, como es natural, de la sinceridad de Mónica, le predicó á esta aquella noche un gran sermón: le demostró de una manera clara todos los males que forzosamente se derivarían de una imprudencia suya, y le arrancó la promesa de no dejarse arrancar la verdad con ningún pretexto.

La mañana siguiente y mientras que Mónica arreglaba la habitación, Hortensia le habló como se había propuesto hacerlo.

—Tú tienes algo, Mónica, y no quieres decirme lo—díjole su señora mirándola con extrema dulzura.—¿Es que no tienes confianza en mí?

La joven volvió la cabeza: la mirada de su señora la hería como una espina clavada en la carne.

Al principio me contabas tus cosas—siguió diciendo Hortensia,—ahora no hablas; parece que estás de morros conmigo. ¿Acaso te habré causado algún disgusto sin saberlo?

Mónica, atraída á despecho de sí misma, se había acercado á la silla larga. Mantúvose allí, derecha, con la cabeza ligeramente inclinada, y mirando hacia la ventana: retorcia nerviosamente con los dedos la punta de su delantal, pero antes hubiera muerto que dejarse arrancar una palabra.

—¿Te ha causado alguien algún disgusto?—dijo Hortensia.—¿Te han hablado mal de mí?—añadió al ver que no obtenía respuesta.

—¡Oh!—exclamó Mónica con los ojos animados de extraño enojo.—¡Nadie se hubiera atrevido!

—Entonces ¿por qué no quieres decirme la verdad? ¿Es que ya no me quieres?

—¡Señorita, mi querida señorita!—dijo Mónica,—¿no querlerla ya á usted? La quiero cien veces más que...

Se contuvo y se retorció las manos con verdadera desesperación.

—¿En ese caso?...

—¡No puedo!—exclamó la joven con explosión de dolor y de rabia,—no puedo decirle á usted nada, y yo no tengo nada, nada, absolutamente nada.

Su voz se fué apagando, y sus últimas palabras fueron como una especie de gemido. Hortensia comprendió que á la joven le ocurría algo grave.

—¿Te ha escrito tu madre?—le preguntó.

—Sí, por año nevo.

—¿Y tu novio?

—También me ha escrito hace ocho días.

—¿No estás mala?

—Me duele todo, pero no estoy mala.

Hortensia se calló visiblemente apenada, no sabiendo cómo vencer aquella resolución de no dejarse penetrar.

—¿Si yo pudiera hacer algo por ti, me lo dirías?—le preguntó un instante después.

Mónica le dirigió una mirada de ciervo cautivo en la que se leía toda la angustia de un alma enagenada.

—Usted no puede hacer nada por mí, mi querida señora—le repuso,—nadie puede hacer nada. Usted es buena como el mismo Dios, pero su bondad es inútil: además, yo no tengo nada...

Un ligero ademán de su mano débil completó el pensamiento.—¿Qué importa—quiso decir aquel ademan,—lo que pueda sentir yo? ¡lo tengo en tan poco!

Hortensia apoyó su delicada mano en el brazo de la joven, que se estremeció al contacto.

—A veces se tienen disgustos—le dijo,—que se vacila en confiar á una madre, porque las madres deben ser severas, pero que se le pueden confiar á una amiga. Acuérdate, Mónica, que en mí tienes una amiga; una amiga verdadera que te puede ayudar y socorrer.

Mónica besó lentamente, casi con frialdad, la mano que se apoyaba en su brazo como para hacer que penetrase más profundamente en ella el sentido de aquellas palabras bondadosas, y luego, apartándose, siguió arreglando la habitación.

Hortensia se quedó preocupada: hacía poco tiempo que conocía á Mónica, pero se había aficionado á aquella naturaleza original y casi selvática. Su instinto de mujer, aguzado aún más por las largas meditaciones á que la impulsaba el estado de su salud, le decía que allí existía una llaga profunda, quizá un peligro.

La idea del peligro fué desarrollándose de minuto en minuto en aquel espíritu clarividente. Mónica no podía haberse transformado hasta aquel punto sin que se hubiera determinado algún cambio en su existencia. Lo primero que se le ocurrió fué la idea de una seducción: Hortensia pensó que algún hombre poco delicado había adquirido ascendiente sobre Mónica; que esta se sentía vacilante, y que entre el amor jurado á Marín y la pernicioso influencia de un ladrón de honras, la pobre joven debía sufrir cruelmente.

Era preciso salvar á Mónica. Aquella florecilla de los campos no debía ir á engrosar el montón de cieno que el vicio envía diariamente á los sumideros de la

ciudad. Pero para poderla salvar se necesitaba saber. ¿Cómo informarse? Tenía que recurrir, hasta para los menores detalles, á una persona extraña. ¿A quién confiar la misión delicada de una información sobre hechos de un orden puramente moral?

Con Toinette no había que contar: era la última persona á quien se le pudiera confiar el encargo de hacer averiguaciones acerca de la conducta de su pequeña subordinada. Sin embargo, el culpable, ó el que por lo menos según Hortensia tenía intención de serlo, no podía ser más que uno de la casa ó un concurrente á ella, por cuanto Mónica no salía nunca sola: su paseo á la colina la víspera de la Pascua, había sido la única excepción de la regla.

Las sospechas de Hortensia recayeron en Fermín el ayuda de cámara de su marido. Sabía que era poco escrupuloso y que no era el ejemplo que su marido le daba, el más á propósito para inculcarle severidad de principios.

El hombre que no había respetado la inocencia de Mónica, el que había debido encontrar perverso placer en borrar la imagen del novio y en remplazar el honor y la virtud con el libertinaje y la vergüenza, debía ser Fermín...

El caso, entonces, no era desesperado: bastaría asegurarse de ello y demostrar á Mónica lo que era en realidad aquel ser vicioso, para que se curase de aquel extravío pasajero.

Lo más urgente era tener la seguridad de que Fermín se había dedicado á conquistar á la aldeanita, y para ello, preciso era que alguien se informara. ¿Quién sería aquel alguien?

En el momento en que Hortensia se devanaba inútilmente los cascos, llamaron á la puerta y entró Huberto.

—Llega usted á tiempo—le dijo súbitamente inspirada.—Buscaba un hombre de confianza para una misión delicada, y ese hombre va á ser usted.

La fisonomía del joven se distendió, y su mirada demostró agradecimiento.

Al ir á hablar se percató Hortensia de que si la misión era difícil de cumplir, el explicarla no ofrecía menos dificultad.

—Temo—dijo poniéndose ligeramente encarnada;— que Mónica se halle bajo una influencia perniciosa: la encuentro diferente de cuando llegó, y he reflexionado que tal cambio no debe ser únicamente un efecto de su nuevo sistema de vida. Es joven, es bonita... ¿no ha notado usted, pues que habita en la casa, que alguien la corteje?

Huberto, que no era amigo de Mónica, se ocupaba de ella lo menos posible y no había observado nada.

—He sospechado—siguió diciendo Hortensia y poniéndose aún más encarnada,—que Fermín haya podido concebir la idea de seducirla, lo que no sería de admirar, porque Fermín, en punto á moralidad, es poco recomendable, cualesquiera que sean sus cualidades como sirviente... Quisiera cerciorarme acerca de esto. ¿No pudiera usted averiguar si él ve á la muchacha fuera de las relaciones ordinarias del servicio doméstico, relaciones que deben ser muy pocas?

—No creo—dijo Huberto algo cortado también al oír hablar de tales cosas á la mujer que más quería y respetaba en el mundo;— no creo que Fermín tenga entrevistas particulares con esa joven, porque ella no sale nunca y él está constantemente fuera de casa. En la oficina se habla á menudo de Fermín y se dice que cómo se las arreglará para cumplir sus deberes sin estar jamás en la casa.

—Es que tiene otras ocupaciones, sin duda—dijo Hortensia exhalando un suspiro.—Nadie me quitará de la cabeza que Mónica está trastornada hasta en lo más íntimo de su ser, y me causa pena. Nunca le podré decir á usted, hijo mío, hasta qué punto sentiría y cuál sería el peso de mi responsabilidad, si á esa joven le hicieran olvidar sus deberes estando en mi casa. Eso

no debe suceder, y no sucedería si yo tuviese salud y fuerzas: no me podría consolar nunca de que, por culpa mía, haya estado en peligro una muchacha confiada á mis cuidados.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Huberto dominado por la convicción con que se expresaba Hortensia.

—Se lo diré á usted, y no crea, hijo mío, que trato de reducirlo al papel de espía.

—¡Oh!—exclamó Huberto con un vivo ademán.

Quisiera que hiciera usted lo que haría yo si pudiera andar: mire usted en torno suyo; fíjese en lo que haga Mónica; dígame todo aquello que le parezca singular; todo, en bien suyo: quizá baste á salvarla esta sencilla precaución. Asegúrese usted de que no sale.

—De eso puede usted estar segura—dijo Huberto,—ayer mismo lo dijo Toinette.

—¿Y al jardín?—preguntó Hortensia.

—Efectivamente: hay jardín.

—Eso no podría ser más que de noche cuando se va de aquí. En estos últimos días he hecho que se retirase temprano, porque la veía cansada.

—Me fijaré en ello—replicó el joven.

Parecía preocuparle una idea que no quería ó no se atrevía á expresar.

—¿Qué hay?—preguntó Hortensia, acostumbrada á seguir, durante años, los pensamientos que se reflejaban en aquel semblante expresivo.

—Que lo siento por usted—dijo Huberto fijando en ella sus ojos en que radiaba toda la ternura de su alma honrada;—que estoy triste al verla á usted tomarse cuidados por seres que no deberían hacer otra cosa que contentarla. Es usted tan buena y tan animosa, que el mundo entero debería endulzar su existencia... ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer algo por usted!

—Puedes tranquilizar mi ánimo á propósito de esa joven, ó convencerme de la necesidad de enviarla á su país: en ambos casos, me habrás prestado un servicio.

Había vuelto á tutearlo como antes, sin percatarse

de ello. Huberto se llenó de satisfacción.

—¿No la quiere usted más que á mí?—preguntó el joven con una especie de mimo avaricioso.

—¡Vaya una pregunta!—dijo Hortensia, é iba á sonreirse, cuando observó el encendido color del joven y la confusión de todo su ser. Preocupada, por ello, se puso seria.

—No puede haber nada de común entre el sentimiento de benévola compasión que me inspira esa joven, y el cariño casi maternal que le tengo á usted—dijo Hortensia con una frialdad que le costó trabajo emplear.—Para con usted he hecho las veces de madre; á ella le debo la protección y los sentimientos afectuosos que merece todo ser honrado, inteligente y bueno: no tiene relación una cosa con la otra.

Huberto se llevó á los labios, con el fervor de un creyente, el extremo del chal que cubría los pies de Hortensia.

—Muchas gracias—dijo en voz baja,—me considero muy dichoso en poderle ser á usted útil.

Permanecía en pie delante de ella comprendiendo que debía retirarse, y no teniendo valor para hacerlo: ella leyó de pronto en aquel rostro, que había dejado de ser infantil para tomar algo de sufrimiento y de reflexión, la sombra de un disgusto de hombre al propio tiempo que el éxtasis y el deslumbramiento de una aurora.

—¡Oh!—se dijo, entristecida por él;—la vida no se compone más que de disgustos, lo mismo para los demás que para mí.

Su espíritu le sugirió de pronto un remedio.

—En otras ocasiones me ha hablado usted de viajar—le dijo.

El levantó con inquietud la cabeza.

—Será preciso que usted viaje—le dijo ella con dulzura,—ya le buscaremos la ocasión de que dé una vuelta por el extranjero, de que aprenda un idioma...

Huberto bajó los ojos: aquello era exigir demasiado

de él. ¿Cómo podía querer ella que se alejase de su lado?

—Pronto hablaremos de eso otra vez—añadió Hortensia con su mirada seria y su voz tranquila.

El no se atrevió á decir nada. ¿A qué hablar?

—Vuelva usted después de comer, y si usted averigua algo, dígamelo: tengo el presentimiento de que no hay tiempo que perder.

Huberto se inclinó silenciosamente y se marchó. La señora Dunois lo siguió con la vista.

—Va disgustado—pensó,—¡muchos más disgustos tendrá en lo sucesivo! La vida está hecha así... luego se acostumbra uno y ya no piensa en ello... Sin embargo, en los primeros momentos, resulta muy duro... ¡Pobre chico!

El pensamiento compasivo de Hortensia estuvo fijo en Huberto unos instantes, y luego se fijó en Mónica.

—¡Todo son peligros, todo son tristezas! ¿Sería cierto que los únicos seres felices son los que mueren jóvenes?

Su pensamiento se trasladó entonces al hijo que había perdido, con una ternura avivada con la idea de aquellos dos jóvenes, casi niños aun cuyos destinos le tenían preocupada: luego cogió un libro para no dejarse llevar por el vivo recuerdo de sus propias penas, y como el libro no fuera demasiado interesante, á los pocos minutos se quedó dormida.

Era la víspera de Reyes, día de asueto para la servidumbre doméstica en Normandía. Al dar las doce, se da de mano á los trabajos, lo mismo en los cortijos que en las casas, y criados y criadas, poniéndose sus tra-

pitos de cristianar, se van á veces muy lejos, generalmente á pie y con un lío de ropa al extremo de un palo, á ver á sus parientes.

La granja ó cortijo de las Landas, estaba revuelto como las demás fincas: las criadas y los mozos de labor se apresuraban á reunirse en la vasta sala en que los dueños, antes de dejarlos marchar, les daban vino como si fuesen huéspedes.

En pie y enderredor de la mesa del castaño bebieron con gravedad, quitándose los hombres el sombrero y haciendo las mujeres una reverencia, y vaciaban completamente el contenido de los vasos. Luego se despidieron de sus amos y todos salieron de la finca.

El viento era fuerte y el frío tradicional de los Reyes parecía cernerse en la atmósfera: el cielo amanecería azul al día siguiente; en aquellos momentos estaba velado por un ligero vapor gris que luego, á la puesta del sol, tomaría tinte rosado.

Ya en la carretera, se dividió el grupo: unos tomaron á la derecha en dirección del campo y los otros á la izquierda, del lado de la ciudad.

—¿Y usted, señor Marín—dijo una joven agraciada,—se viene con nosotros para ir á ver á los suyos?

—No—contestó Marín,—me voy hacia la parte de Caen.

—¿A dar una vuelta por la ciudad? Lo creía á usted más consecuente con las buenas costumbres del país. ¿Acaso no se ha hecho la festividad de Reyes para pasarla en familia? ¿No le es á usted desagradable pasar la noche en una posada en donde no conocerá usted á nadie?

—El caso es—replicó Marín con gravedad,—que no pasaré la noche en una posada sino en el tren, y que me encontraré en Rouen mañana muy temprano.

—¡En Rouen!—exclamaron en coro los del grupo que, próximos á dispersarse, se habían reunido atraídos por la curiosidad.

—En Rouen—contestó Bonami.—Todos van á ver á

los suyos: yo, que no tengo ya parientes ni persona de mi sangre que se preocupe por mí, voy á ver á la que será mi esposa.

—Está muy bien—exclamaron las jóvenes, algo contrariadas sin embargo, al saber que aquel gallardo y silencioso joven estaba para casarse y que, por lo tanto, no había que pensar en él.

—¿Lo espera á usted ella?—le preguntó una de las criadas de la finca.

—No: he temido mucho que ella se hubiera opuesto y por nada de este mundo he querido disgustarla. Mi ida va á ser para ella una sorpresa.

—Pues en ese caso, buen viaje, Marín.

—Gracias, y lo mismo digo—contestó él saludando con el sombrero.

El personal de la granja se diseminó por todos los caminos. Marín se quedó pronto solo en el bien cuidado camino que siguió con paso firme.

Aun cuando ya declinaba el día, aun estaba muy claro y alegre. Marín quería estar contento; se había hecho la firme resolución de estarlo. Su alegría, en él que ni bebía ni solía reír, no era ruidosa, ni comunicativa siquiera. Sin embargo, algunas veces sentía en sí mismo impulsos alegres con relación á la vida y á las cosas, que era lo que constituía su alegría.

—¡Voy á ver á Mónica!—se decía,—¡estoy contento!

La alegría no quería aparecer á pesar de toda la buena voluntad del que la llamaba: la frescura del ambiente; la satisfacción de un día de asueto, y la esperanza de ver á su amada, sólo designaban por un instante la inquietud y la turbación que, desde hacía algunas semanas, agitaban el corazón de Marín.

—Sus cartas no son ahora como al principio—se decía,—y sin embargo, ella no puede haber cambiado en tan pocos meses.

Se repetía esto hasta la saciedad, y no llegaba á convencerse de ello.

Cuando marchó ella, tan pequeña, tan débil, tan niña todavía, él había sentido el espanto del que abandona á las olas una barquilla demasiado frágil, construida para el remo y no para el trabajo. Ella había jurado no cambiar. ¡Pobrecilla! Lo había jurado de buena fe, pero ¿qué sabía ella del destino que la esperaba? ¿Cuántos serán los que, seguros de sí mismos, pueden jurar que no han de cambiar nunca? ¿No hace falta, para cumplir semejante juramento, saber de ciencia propia que la desgracia no es la más fuerte cuando el hombre tiene, para afrontarla, un valor indomable?

¿Qué sabía Mónica de la vida? ¿No había sido dichosa siempre?

Marín seguía andando al mismo paso, en tanto que el cielo se ponía gris y se tachonaba, por encima de su cabeza, de estrellas que no parecían más que puntos blanquecinos apenas adivinados: su paso firme y pesado de labrador, resonaba en el piso endurecido, y el ritmo de su marcha parecía entonarle la canción que las deshechas olas cantaban en aquella hora en torno de las rocas negras. Allí, bajo los avellanos, á la sazón sin hojas, cerca del lavadero que ya no reflejaba más que las ramas escuetas sobre el claro cielo, había visto él á Mónica, pequeñita, muy pequeñita... ¡Cuánto tiempo hacía de esto!

Junto á su madre, que estaba lavando, comisqueaba la niña una rebanada de pan con manteca. Apenas tendría dos años y se sostenía de pie sobre sus desarrolladas piernecitas, calzadas con gruesas medias de lana: él, muchacho ya de unos diez años, llevaba delante de sí, arreándolo con una vara, al viejo caballo de su padre que subía con lentitud el sendero del acantilado llevando á lomos una carga de helechos secos.

Había visto á la graciosa niña con sus cabellos rubios que parecían cristal hilado, y sus ojitos azules, rientes y picarescos pero inocentes como los ojos azules de las verónicas que crecen al pie de las encinas: la niña, había extendido con atrevimiento sus hermosos

bracitos y había pedido que la montaran en el caballo.

Conmovero de aquella infantil confianza, él se había inclinado hacia la niña, la había levantado en alto y la había sentado sobre los aromáticos helechos, sin que el viejo caballo echara de ver el mayor peso cargado sobre sus lomos, y ambos habían ido juntos hasta el local en que, carga tras carga, los helechos amontonados iban llegando ya al techo.

¡Qué juegos, qué risas, qué trinos de pájaros al llegar en aquel viejo local en que Marín descargaba al cuadrúpedo! Había sido preciso bajar á la niña casi á la fuerza, y esta hubiese llorado si él no la hubiese vuelto á montar en el sesudo caballo, sosteniéndola sobre la albarda con mano rígida.

Desde entonces la había querido siempre: la risa de sus ojos azules le había parecido una caricia siempre que la había encontrado de nuevo, y ahora ¡cosa en extremo singular! al acercarse á su prometida, era á la niña Mónica á la que él veía sobre el camino, un poco más adelante, á la niña de tres ó cuatro palmos de estatura, que iba andando de prisa y volviéndose con frecuencia para mirarlo con ademán malicioso, dispuesta á echar á correr si él mostrara inclinaciones de alcanzarla.

Estaba en otro país, eran otros los caminos, y sin embargo, la niña Mónica iba siempre, siempre delante: había cerrado la noche, y bajo el manto de las estrellas que brillaban con vívida claridad en un cielo helado, Marín seguía á la dichosa niña, sombra perceptible para él sólo, á la que no podía alcanzar, por mucho que apresuraba el paso.

La landa se extendía ante él, solitaria y gris, hasta perderse de vista. Antes de internarse en ella volvió hacia atrás la cabeza. Iba á dejar el país de los bosques, en las hondonadas y de los arroyos que humedecen los pies del caminante en las sendas que, como atajos, acortan las distancias. Pasada la landa llegaría á la ciudad y á la estación del ferrocarril, bastante

lejos aun para que pudiese ver brillar sus luces.

Se estremeció de frío y de disgusto al medir con la vista el espacio que se extendía ante él. Sin que supiera darse la razón de ello, sintió la vaga impresión de que dejaba tras de sí toda una vida y que se sumergía en un desconocido formidable.

Una campana, perdida á lo lejos, dió lentamente las nueve, allá, remotamente, en el espacio, como si sus ecos no hubieran de tocar nunca la tierra; luego volvió á reinar en la landa el silencio, un silencio solemne y tan profundo, que Marín percibió un instante después como una música ruidosa, el suspiro del viento al herir suavemente los matorrales.

Seguía el negruzco camino trazado en la landa por profundos surcos caprichosamente tortuosos, formado desde siglos atrás por los inciertos pasos del primer hombre ó del primer caballo que había pasado por allí.

Los hombres y las bestias habían seguido maquinalmente durante centenares de años el primer camino trazado sin cuidarse de rectificarlo para abreviar las distancias, y aun habían de pasar muchos años antes de que los zig-zags desaparecieran de entre las dos sábanas de matorrales, unas veces verdes y otras secos: el hombre se deja llevar por las cosas con más facilidad que las cosas por el hombre.

Marín se encontró de repente solo, horriblemente solo y triste. Pensó en sus compañeros de trabajo, que habrían llegado ya, á aquella hora, á las casas de sus parientes ó de sus amigos: se estarían calentando al amor de la lumbre cerca de una mesa bien provista y reflejando en sus ojos el júbilo consiguiente á haberse encontrado de nuevo entre los seres que les eran queridos, percibiendo en sus oídos la música de la voz de los seres amados, y con el corazón dilatado por el placer de haber sido esperados, deseados y tratados á cuerpo de rey.

Acelerando el paso, quiso evocar la imagen de Mónica al imprimir en ella sus labios en el cementerio al

calor del mes de julio, y no lo consiguió.

Quiso entonces verla como dijimos hace poco, pequeña y marchando ante él por el camino, y no lo consiguió tampoco.

Trató de representársela al siguiente día cuando él llegase y ella lanzara al verlo el grito de alegría que él se había imaginado muchas veces, y tampoco lo pudo conseguir.

En las largas horas de su viaje durante la noche glacial, lo mismo en la landa que en el vagón del tren, sus esfuerzos para evocar la imagen de Mónica resultaron inútiles: Mónica había desaparecido de su cerebro, y esto le produjo una impresión tan triste y tan desconsoladora como la del niño que se despierta huérfano.

XV

Huberto bajó la escalera lentamente con la penosa preocupación del hombre que, solicitado en opuestos sentidos, no sabe por qué decidirse.

Surgía en él un verdadero caso de conciencia, el primero de su vida, y de seguro uno de los más complicados que es dable imaginar.

Uno vigila por cuenta propia á aquellos de quienes desconfía, y nada es más natural para quien se halla así en estado de legítima defensa; pero vigilar por cuenta ajena no es cosa tan cómoda. Sin embargo, ¿y en el caso de que ese otro no pueda vigilar por sí, cuando ese otro es la persona más querida, la rectitud personificada y está impedido por enfermedad, no solamente de realizar nada en defensa propia, sino hasta del necesario deber de proteger su alma?

Huberto, se detuvo harto perplejo al pie de la escalera, y luego subió por esta de repente como una